

Gregorio Weinberg: el hombre que se hizo libro

Gregorio Weinberg: The Man Turned into Book

Liliana Weinberg*

Resumen

Sucinta semblanza y temprana valoración de la vida y la obra de Gregorio Weinberg sobre su quehacer ligado a un vasto proyecto cultural para sentar las bases de un nuevo humanismo incluyente, que tiene en el libro su símbolo más alto. En una primera aproximación se lo descubre siempre preocupado por repensar y corregir la tentación esencialista, ahistórica y excluyente en que puede incurrir el quehacer filosófico. Su labor consistió en una vida al servicio de la reflexión crítica, la educación y la edición. Vio en libros, editoriales y bibliotecas, auténticas empresas culturales de largo alcance y radical incidencia en el avance de una sociedad.

Palabras clave: Gregorio Weinberg; América Latina; educación; filosofía; editor.

Abstract

A succinct portrayal and early appreciation of Gregorio Weinberg's life and works, and of his endeavor linked to a vast cultural project to lay the foundations for a new inclusive humanism, whose highest symbolism is the book. In a first approach, he is always seen concerned about re-thinking and correcting the essentialist, a-historic and excluding temptation in which the philosophical endeavor may incur. His work was his life at the service of critical reflection, education and edition. In books, editorials and libraries, Weinberg saw authentic long-range cultural enterprises and a radical incidence in the advancement of a society.

Key words: Gregorio Weinberg; Latin America; education; philosophy; editor.

* Investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCyDEL) de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Casa de Altos Estudios. <weinberg@servidor.unam.mx>

I.

Hay momentos capitales, decisivos, en la existencia de un hombre, que a veces se aparecen precisamente como símbolos a la hora de la muerte y dan retroactivamente sentido a todo lo vivido. En el caso de mi padre, se trata de su último libro, que apareció nada menos que en vísperas de su fallecimiento. Gregorio Weinberg murió en la madrugada del 18 de abril, y la noche anterior a que él cerrara los ojos, llegaba a su casa de Remedios de Escalada de San Martín, en Buenos Aires, una cajita con los primeros cincuenta ejemplares de *El libro en la cultura latinoamericana*. Se trata de un largo ensayo que puede ser leído como una síntesis de la historia de la cultura latinoamericana, pero también como un canto de amor a esa cultura y a la historia del libro, que el Fondo de Cultura Económica en su filial argentina le había encargado para publicar y distribuir gratuitamente en la Feria del Libro que abriría muy pocos días después. Otro símbolo: mi padre murió y se convirtió en libro. Un libro que efectivamente estaba ya circulando en la gran Feria del Libro de Buenos Aires. Todo un símbolo. Y el destino le jugó esta buena pasada puesto que él, que no creía en que hubiera otra vida después de la muerte, tuvo el destino de los escritores y los pensadores: convertirse en libro.

Si a ello añado el recuerdo de nuestro último paseo juntos al centro, para buscar novedades en las librerías, o sólo algunas más de sus últimas actividades, en las que continuó activo hasta el último día de su incansable vida (la lectura de una conferencia sobre la educación y su papel en el siglo del conocimiento; la organización de un ciclo dedicado al evolucionismo; su defensa de la dignidad y la riqueza del lenguaje envilecido por los medios de comunicación; sus tareas como editor de la colección Nueva Dimensión Argentina), podremos tener una idea más amplia de las múltiples facetas en la vida y la vocación de mi padre: pensador, escritor, intelectual, educador, historiador, editor... En suma, para emplear dos términos que a él mucho le gustaban, *sentidor* y *entendedor* de la vida argentina, latinoamericana, universal.

II.

Cuando mi padre cumplió ochenta años hice de él una evocación estrictamente personal, que quiso ser además un temprano esbozo y una valoración de las grandes líneas de su pensamiento. Recupero ahora algunas ideas de ese escrito, que se llamó “Del tiempo y el río”, en homenaje a una de sus lecturas preferidas: la novela homónima de Thomas Wolfe¹:

Si hay una idea que anima el pensamiento de Gregorio Weinberg es esa misma certeza de la existencia del tiempo y de la historia, y esa misma obstinada búsqueda de goznes entre nuestra existencia y el gran concierto del mundo social. Con la mejor tradición ilustrada, Gregorio Weinberg afirma la universalidad de la razón, y su asombrosa capacidad expansiva y dinamizadora; con la mejor tradición empirista, materialista e histórica, descrece de los espiritualismos e idealismos disfrazados de universalidad; con la mejor tradición progresista, afirma la necesidad de un libre acceso de todos los hombres y mujeres a la ciudadanía de un mundo sin hambre; con las ciencias históricas y sociales, defiende la necesidad imperiosa de estudiar las múltiples y admirables soluciones sociales y culturales que hombres y mujeres han construido en diversos tiempos y espacios, sin perder nunca de vista la unidad de la especie humana y la universalidad de la razón; con la literatura y el arte, se admira y festeja, con la extraordinaria juventud de un lector apasionado, el prodigio de la imaginación humana. Estas palabras de Pierre Bourdieu sintetizan de manera acertada la línea de ideas en la que se inserta el quehacer del pensador argentino: “hay que sustituir el análisis de esencia por el histórico, único capaz de describir ese mismo proceso cuyo resultado registra, sin saberlo, el análisis de esencia...”.

Otro de los grandes proyectos de mi padre fue el de repensar la vieja noción de humanismo, a partir del estudio e integración de los aportes de las

1 Publicado en Agustín Mendoza (ed.), *Del tiempo y de las ideas; textos en honor de Gregorio Weinberg*, Buenos Aires, 2000, p. 1-9.

diversas culturas del mundo, y sus respectivas nociones de tiempo, espacio, ser humano, para contribuir a sentar las bases de un nuevo humanismo:

Mientras se fortalecía un mundo de conflictos, separado en bloques ideológicos y en naciones rivales, que habría de desembocar en la segunda guerra mundial y la guerra fría, y mientras dominaba todavía un “viejo humanismo” excluyente, elitista y esencialista, Gregorio Weinberg descubría, a través de los filósofos, historiadores y tempranos científicos sociales, el salto cualitativo por el cual surge la especie humana, su capacidad para ordenar creativamente la experiencia a través de la cultura, y la marcha muchas veces acallada de la razón y la imaginación, en su capacidad de hacernos libres. Le atrae la unidad en la diversidad de las soluciones culturales a problemas biológicos y descubre una nueva forma de hacer filosofía y hacer historia, que, en lugar de tomar como centro a los grandes hombres y las ideas cristalizadas, estudie la aventura humana del conocimiento, en toda su dinámica: ¿cómo se han vinculado, a través de los siglos y las diversas soluciones culturales, la mano y el cerebro (Farrington)? ¿Cómo, a partir de una primera gran revolución, la neolítica, por la cual y por primera vez se produjo la primer gran derrota del medio y del hambre, a través de la organización de la sociedad, se logró disparar nuestra historia para hacer habitable y compatible nuestro universo (Vere Gordon Childe)? ¿Cómo se entretrejió ese complejo que es el conocimiento, la cultura, el tempo de las diversas sociedades, hasta hacerse lenguaje, arte, deslumbramiento desde los más diversos miradores de la experiencia y la explicación del mundo (Durkheim, Hubert y Mauss, Braudel, Lévi-Bruhl)...?

Otro de los mayores sueños que acompañaron a mi padre fue la recuperación de la obra de aquellos pensadores que consideró superaban la mera comprensión fría de la realidad en favor de un compromiso con el mundo y el conocimiento, hasta convertirse en grandes *sentidores* y *entendedores* del mundo. Tal, por ejemplo, el caso de Mariano Fragueiro, un pensador por muchos “olvidado”, que en una época y lugar marginales de los grandes centros de poder económico y las grandes teorías económicas logró descubrir, desde la sensibilidad de época y desde

la práctica, que el liberalismo económico y el liberalismo político no son, a pesar de las apariencias, compatibles: el primero exige un modelo político autoritario para existir. Extensa es la lista de esos *sentidores* lúcidos que mi padre admiraba y a los que dedicó páginas certeras: Las Casas, Monteagudo, Sarmiento, Alberdi, Humboldt, y tantos otros protagonistas de verdaderas aventuras del pensamiento, con la sola constante de haber sido a la vez *entendedores* geniales y apasionados cuyas ideas fueron injustamente olvidadas, incomprendidas, fracturadas, o de los cuales se apropiaron provisional pero reversiblemente intereses ajenos y falseadores.

Mi padre se interesó por las ideas de Pedro Henríquez Ureña, quien pensó la historia y la cultura a partir de la dialéctica entre “el descontento y la promesa”, e hizo suya esta expresión para dar nombre a uno de sus propios libros de ensayo. Fue constante en él una fuerte preocupación por el desequilibrio entre la marcha de la humanidad hacia un mundo más vivible e incluyente y la terrible exclusión a que ha dado lugar un cierto orden económico.

Pensar el tiempo fue una de las constantes de su vida y de su obra:

La pasión por entender la idea de tiempo, la génesis social e histórica de las grandes categorías que nos permiten ordenar y explorar el mundo, es probablemente la mayor de sus pasiones. Aristotélico antes que platónico, hegeliano antes que kantiano, mi padre ha mostrado en múltiples oportunidades cómo el sistema del Estagirita invierte la afirmación platónica de que la verdadera realidad radica en las ideas intemporales, y descubre la jerarquía filosófica de lo real, material y contingente, primer magno reconocimiento de una realidad anclada en la materia y la experiencia; descubre cómo Kant encontró su límite al hablar de las categorías *a priori* de todo conocimiento. El genio hegeliano, en cambio, consiste en haber introducido la historia en las raíces mismas de la reflexión filosófica, en un magnífico sistema al que sólo Marx pudo, en su opinión, superar, al poner del revés la trama del pensamiento —son éstas palabras de Romero que a mi padre le gusta repetir— e introducir un enfoque materialista del mundo.

Aristóteles introduce la experiencia y la contingencia en el pensar filosófico; Hegel hace lo propio con la historia y Marx con las determinaciones materiales

de la vida social: diversos momentos geniales de encuentro del pensamiento con la realidad. Es por ello que su capacidad de deslumbramiento ante los grandes filósofos que se dieron a la descomunal empresa de pensar el mundo entero se vinculó a su no menor interés por antropólogos y científicos sociales que fueron capaces de arraigar el pensamiento en las coordenadas de tiempo, espacio, cultura. De allí que dos de sus mayores aportes a la consolidación de la reflexión antropológica en la Argentina consistieron en la temprana traducción de la obra de Vere Gordon Childe, de Lucien Lévi-Bruhl, de Hubert y Mauss. Mi padre acarició hasta el último día de su vida el proyecto de estudiar en profundidad el pensamiento de Lucien Lévi-Bruhl, quien propuso categorías como la de “mentalidad primitiva” o “participación”. Si bien pesa sobre la obra de este estudioso la acusación de eurocentrismo, mi padre proponía recuperar el valor de las ideas de quien planteó por primera vez la posibilidad de correlacionar cultura y conocimiento: las categorías ordenadoras del mundo y el lenguaje ya no se darían en un *a priori* de la vida cultural, sino que estarían moldeadas por ellas; se trata de una peculiaridad que muchos años después aceptará la lingüística, cuando discuta las concepciones antropomórficas de la génesis de las categorías del lenguaje, a partir de un mucho más sofisticado estudio de lenguas no europeas.

En los últimos años renació también en mi padre una pasión juvenil por el evolucionismo y el pensamiento de Darwin, que afortunadamente se está recuperando ya en diversos foros de discusión. Una vez más, su humanismo se nutrió por el asombro ante los avances de la ciencia, como presagio de una de las constantes del siglo por venir: la era del conocimiento deberá traer aparejada la normalización de las ideas científicas, que habrán de tener un peso fundamental en la visión de mundo del mañana.

Pero toda valoración de mi padre quedaría incompleta si no se atendiera al modo en que la pasión por indagar la aventura del pensamiento se articuló siempre con una no menor pasión: la de compartir sus descubrimientos, de hacerlos públicos, a través del trabajo editorial, en un impulso por socializar el conocimiento. Pienso, por ejemplo, en tareas prometeicas como la de publicar la obra de Rodolfo Mondolfo y organizar, junto con Oberdan Caletti, la empresa de traducir y enriquecer con bibliografía en español la *Historia de la Filosofía* de Paolo Lamanna, o más tarde la *Ciencia de la lógica* de Hegel.

No puedo evocar la figura de mi padre si no es en cercanía con un mundo de libros, desde la realización de grandes proyectos editoriales hasta la organización de esa biblioteca que fue su orgullo y su refugio de toda la vida:

En un día de felicidad, mi padre funda “Solar”, editorial cuyo nombre se inspira en el sello de José Luis Busaniche y reúne dos nociones tan afines como la luz de las ideas y el baño de luz sobre el limonero y las azaleas de casa. Ha sido admirable su labor pionera en el reconocimiento y difusión de escritores, viajeros, científicos, pensadores argentinos, como editor de colecciones como *El pasado argentino*, *Dimensión argentina* y *Dimensión americana*. Mi padre tuvo a su cuidado todos y cada uno de los libros que llevan el sello editorial de “Solar”, que dan cuenta de su minucioso trabajo como erudito que propone los títulos, como lector que disfruta el hallazgo y confirma la elección de los títulos y como humilde corrector que cuida hasta el máximo posible cada edición.

Su pasión de bibliófilo, su increíble biblioteca, en una casa, en una calle, en un barrio de Buenos Aires ubicado en Paternal —ese rumbo al que Borges despreció como aquél “donde se entristece Palermo”, pero que no tiene menos amaneceres y atardeceres de paz— oculta, para sorpresa de todos, un Aleph, como muchas de esas grandes bibliotecas que hicieron aún más grande América Latina y hoy peligran por falta de apoyo de un Estado que ya no se interesa por la gestión cultural.

El libro fue así, a todas horas, su modo de vivir el compromiso con la sociedad, su particular modo de leer el mundo, de entenderlo con pasión y de vivir en él.

III.

Y ahora, cuando reviso los principales indicadores de la obra de mi padre, vuelvo a tratar de perseguir en esos datos ordenados cronológica, fría,

objetivamente, una vida, o más bien un destino, esto es, una vida con sus claves, una vida con todo aquello que secretamente –de manera más o menos consciente– persiguió. Leo en ese orden una historia de vida, el *Bildungsroman* de un hombre que necesariamente iba a quedar convertido en libro. Porque fue, además de gran intelectual, pensador, escritor, un maestro, educador, historiador, historiador de la cultura y de la educación, profundo conocedor de la economía, la sociología, la antropología, porque fue defensor de la causa del libro, editor, bibliófilo, e hizo de la militancia por la cultura su modo particular de insertarse en la militancia política. También en este sentido fue mi padre, como don Quijote, vinculador de mundos, y en todos ellos se movió con la solvencia que da la honradez intelectual de un profundo estudioso y entendedor de los procesos.

Supongo que la emoción que representó para él la obtención de importantes galardones (el Primer Premio Nacional y el Primer Premio Municipal de Ensayo, el Premio Gabriela Mistral de la OEA, las Palmas Académicas que otorga el Gobierno de Francia, los premios Konex enormemente significativos en la Argentina, entre otros), y que implicaron el reconocimiento en las distintas esferas donde se desempeñó, no fue menor que la que le pudieron dar algunos otros en apariencia mucho más modestos galardones, como el de “Lector Emérito” otorgado por la Biblioteca Nacional, o cada uno de los reconocimientos que sus pares editores, sus pares maestros, sus pares universitarios, le fueron otorgando y le permitieron sobrellevar la dura existencia cotidiana en una Argentina sumida en un apagón político y cultural de tantos años. Y supongo que su designación como profesor en la Universidad de Buenos Aires o su nombramiento por concurso como Director del Centro de Documentación Internacional de la UNESCO tuvieron un sentido enorme para él como lo tuvo años después su designación como editor de la revista de la CEPAL, donde conoció a Raúl Prebisch y a José Medina Echavarría, o más tarde, a partir de 1988, como miembro del Consejo para la Consolidación de la Democracia (con categoría de Secretaría de Estado) o como Director de la Biblioteca Nacional.

Mi padre puso siempre el mismo compromiso en todo lo que hizo, en todo lo que emprendió, ya que escribió con la misma pasión sobre Las Casas y Monteagudo que sobre Varona y Reyes y Mariátegui, sobre antropólogos como el evolucionista marxista Vere Gordon Childe, o el etnólogo francés Lucien Lévi-Bruhl,

a quienes ya he citado, y que sintió la misma emoción al lograr publicar la primera versión al español de las *Cartas desde la cárcel* de Gramsci que la *Lógica* de Hegel. Y ello sin contar todos y cada uno de los libros que tuvo a su cuidado, muchos de ellos hoy ya clásicos y todos ellos miembros de una biblioteca imprescindible de la cultura argentina y latinoamericana, desde las muchas fuentes y estudios que logró localizar, recuperar y publicar (no sólo los viajeros ingleses o los testigos de la campaña al desierto, sino también un Roberto Arlt por entonces olvidado, o la obra de Eduardo Gutiérrez y otras formas de literatura popular, como el sainete, así como los estudios contemporáneos sobre la vida económica, social, cultural de la Argentina: Gino Germani, James Scobie, etc.), hasta las grandes visiones de Josué de Castro, por ejemplo. Mi padre además cuidaba la organización de cada uno de los libros, localizaba al mejor prologuista, al mayor especialista en un tema que tuviera al mismo tiempo visión de conjunto, para recomendar una y mil veces que el prólogo, tan detallado o erudito como algún que otro especialista lo quisiera, no dejara nunca de comunicar al lector el sentido de la obra. Mi padre pensó la cultura bajo la especie de una biblioteca. No se limitó a ser sólo un gran lector, sino que quiso compartir con los demás sus aprendizajes.

Busco y rebusco un adjetivo certero para caracterizar la personalidad y la obra de mi padre, y no encuentro ninguno mejor que aquél del cual seguramente más se enorgullecería: *sarmientino*. Pensó, como Sarmiento, que una de las principales claves para superar los males de América Latina empezaba por la educación. La historia le dio la razón: el principal capital social en este mundo del conocimiento resulta hoy el saber. En sus trabajos sobre educación pensó con enorme originalidad en “los modelos educativos” subyacentes. Vio en el momento de la Ilustración una clave para entender cómo en una sociedad, cuando las instituciones de educación formal caen en contradicción y se vacían de sentido, aparecen otras instituciones menos formalizadas en un principio que se hacen cargo de la dinamización en la génesis y circulación del conocimiento: tal pasó en América Latina con la crisis del viejo modelo elitista de universidad y el inicio del mundo de los laboratorios, academias, sociedades de amigos de la ciencia, que comenzaron a hacer un nuevo relevamiento de la realidad y pusieron levadura a los nuevos procesos sociales. Admiró enormemente a Humboldt y a los grandes viajeros que se atrevieron a ensanchar el conocimiento universal con una mirada generosa

y una capacidad de incluir respetuosa y admirativamente lo nuevo y lo distinto. Rescató la figura de Manuel Belgrano, quien entendió a comienzos del XIX hacia dónde iba el mundo, y cómo una América liberada del poderío español debía también cambiar de modelo económico. Admiró enormemente a Sarmiento por ver en la educación ese mismo motor. Sacó del olvido el pensamiento económico de Mariano Fraguero, y mostró la enorme actualidad de sus ideas: el liberalismo económico no es directamente proporcional al político, sino precisamente lo contrario, de modo tal que imponer el liberalismo económico exige una renuncia al liberalismo político, con la consecuente cuota de represión y exclusión del interés social y —como lo estamos viendo hoy— repliegue de las obligaciones del Estado para con los individuos y de los individuos para con el Estado, convertido, de benefactor, en esquilmado.

Estaban sus grandes, secretos orgullos, entre los cuales quiero mencionar sólo dos, y de distinto orden, pero que no dejaban de darle la misma satisfacción: ser designado por la UNESCO como miembro de la comisión encargada de la redacción de una nueva historia de la humanidad y poseer un ejemplar de la primera edición de *Cien años de soledad* o de la obra completa de Neruda.

Pero este largo recorrido no basta: descubro que no he dicho nada de su amor por la música, la poesía, la novela, el ensayo, la extrema curiosidad por otras formas de vida y otras culturas, y advierto que todo esto es sólo el comienzo de algo que quiero aquí proponer, y es el merecido y decantado estudio de las líneas de su obra, porque al mirar sus miradas, al estudiar sus intuiciones, al tratar de entender sus apuestas, nos estaremos descubriendo en realidad a nosotros mismos.

IV.

Es bueno también tomar distancia y ver a mi padre a través de la mirada de los otros para así completar, corregir, compartir, la propia perspectiva. En una certera y conmovida evocación publicada el 5 de junio de 2006 en el diario *La Nación*, “Gregorio Weinberg, maestro de las buenas causas”², Luis Alberto Romero

2 ROMERO, Luis Alberto, “Gregorio Weinberg: maestro de las buenas causas”, en

se pregunta cómo definir su vida y su obra y pasa cuidadosa revista a su legado en diversos ámbitos. En primer lugar, como historiador vinculado al campo de la historia de las ideas a la vez que siempre atento a su relación con los procesos sociales y políticos, capaz de observar la vida y las tradiciones de una sociedad de manera activa, “con la mirada de un verdadero intelectual”. Romero recupera también la faceta de Gregorio Weinberg como especialista en educación y estudioso de los distintos modelos educativos que se sucedieron en la historia de América. Y menciona también su “estirpe” de editor, ya que, como José Ingenieros o Ricardo Rojas, tuvo siempre en claro que “una tarea del intelectual consiste en oficiar de mediador entre el saber de los especialistas y el mundo de los lectores. Y recuerda Romero que esa tarea implica no sólo el esfuerzo material de poner los libros al alcance de todos, sino un trabajo de organización del saber, de un trabajo de selección y ordenamiento que otorgue sentido.

Plantea también Romero la necesidad de hacer un balance de ese legado para la cultura argentina que han sido las colecciones *El Pasado Argentino*, *Dimensión Argentina*, *Nueva Dimensión Argentina*, así como su precedente, “esas maravillosas colecciones que publicaban Hachette y Solar, y que Weinberg, con insólito brío juvenil, retomó recientemente”, y recuerda que esas series permitieron a las distintas generaciones de lectores argentinos recuperar fuentes, muchas de ellas dispersas, olvidadas o desatendidas, indispensables para pensar la propia cultura. Si por una parte Weinberg se dio a la tarea de recuperar muchos de los clásicos de la cultura argentina, por la otra generó a su vez “estudios monográficos novedosos, que terminaron convirtiéndose ellos mismos en clásicos de nuestra bibliografía”. Y observa Romero sagazmente que en el caso de una colección se trata de “la propuesta de un plan de lectura, de calidad garantizada, en ediciones de asombrosa prolijidad, con cuidados estudios preliminares, en la que muchos nos hemos formado”.

Romero recuerda también a Gregorio Weinberg como maestro de muchas generaciones, en cuanto “profesor universitario excepcional” que dejó honda

La Nación (Buenos Aires), 5 de junio de 2006. Se encuentra también la versión en Internet, www.fcen.uba.ar/prensa/noticias/2006/noticias_05jun_2006.html, consultada el 8 de noviembre de 2006.

huella y sólida formación en sus alumnos de la Universidad de Buenos Aires, ya que fue en sus clases donde alumnos como el propio Romero comenzaron a conocer y valorar la historia de la cultura, aportando siempre una perspectiva humanista e integral al estudio de todos los problemas: “Es fácil reconocer el ‘efecto Weinberg’ en un segmento bien definido de sus graduados, aquel que hoy ocupa las posiciones más significativas en esa especialidad”. Se convirtió así en un maestro, en un *referente intelectual y moral obligado* en épocas en que muchas generaciones argentinas se habían quedado desprotegidas: “Alguien que siempre estuvo en el lugar correcto, cuando otros faltaron o fallaron. Alguien a quien mirar, para ubicarse; alguien a quien consultar. Y eso no sólo por su saber o sus ideas sino por sus valores, no declarados sino mostrados con su conducta. Gregorio Weinberg fue una persona íntegra y esto está en la esencia de su personalidad de intelectual y maestro”.

Lo recuerda por fin como pensador siempre comprometido y apasionado, puesto que a él “la Argentina le dolió en cada línea, en cada palabra”, convertido así en verdadero “militante cultural”, que alcanzó “una perspectiva ecuménica singular y envidiable, que le permitía pensar los problemas argentinos a la luz de los universales”. Y concluye su evocación con estas palabras:

Historiador, pedagogo, editor, profesor, consultor. Gregorio Weinberg fue cada una de esas cosas —siempre de una manera singular— y también otras muchas, pues no hubo empresa cultural en la que no haya participado o militado, trabajando siempre, hasta el último día de su vida. Fue, ante todo, un maestro y un intelectual comprometido con su tiempo. Lo observó y vigiló, con un fuerte espíritu crítico, y a veces con un mal humor que no empañaba su optimismo radical. Fue un intelectual que cuidó celosamente su independencia, que se habituó a esa suerte de marginalidad relativa, tan recomendable para quienes quieren conservar la mente abierta. Fue, básicamente, un disidente, en una sociedad que finalmente debió reconocerlo...

Pero sobre todo, fue un intelectual comprometido con las buenas causas. Creyó, como pocos lo hacen hoy, en el progreso, en la razón, en la educación, en el hombre y en su capacidad para construir, con su razón y su

voluntad, un mundo mejor. Más aún, vivió convencido de que podía discernirse, más allá de todo relativismo, qué cosa era un mundo mejor. Creyó que todo eso se integraba en un proyecto, quizás una utopía, a la vez humanista y socialista, capaz de desarrollar hasta sus últimas consecuencias los valores elaborados por la cultura occidental.

V.

Todos estos aspectos se redescubren en su último ensayo, *El libro en la cultura latinoamericana*, que representa un verdadero movimiento entre “el descontento y la promesa”, entre los grandes atolladeros y desafíos del mundo actual y las perspectivas optimistas que nunca lo abandonaron del todo. Ese optimismo de la voluntad que siempre acompañó a mi padre tenía un fundamento real, y alcanzó siempre la traducción en actos concretos, a través de sus reflexiones, sus escritos y sus proyectos editoriales.

Quiero cerrar esta evocación pensando a mi padre como un intelectual-editor de la mejor estirpe. Y no me refiero sólo a que él mismo fuera, como ya se dijo, gran animador de ediciones y colecciones (en la misma línea en que lo hizo un Mariátegui con ese gran proyecto llamado *Amauta*, o lo hicieron Reyes y Henríquez Ureña con la Biblioteca Americana y otras colecciones del Fondo de Cultura Económica, Jesús Silva Herzog con *Cuadernos Americanos* o Ángel Rama con Biblioteca Ayacucho), sino además a que mi padre, como muchos otros de nuestros grandes intelectuales, hizo del ensayo una forma simbólica de edición de textos. De allí que sus estudios y ensayos, tanto los reunidos en libros orgánicos³

3 Entre sus libros mencionamos *Mariano Fraguero: pensador olvidado* (1975), *El descontento y la promesa. Sobre educación y cultura* (1982), *Modelos educativos en la historia de América Latina* (1984, y que alcanzó ya la cuarta edición en 1995), *Tiempo, destiempo y contratiempo* (1993), *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930* (1998), *'Ilustración' y educación superior en Hispanoamérica siglo XVIII* (1997), *Sarmiento, Bello, Mariátegui y otros ensayos* (1999), *De la 'Ilustración' a la reforma universitaria. Ideas y protagonistas* (2001) y *El libro en la cultura latinoamericana* (2006).

como sus innúmeros artículos en revistas, conferencias, estudios preliminares, notas, comentarios bibliográficos, etcétera⁴, puedan leerse individualmente a la vez que pensarse también en un horizonte de mayores alcances.

Otro tanto sucede con su extraordinaria capacidad para pensar los textos de los otros de manera generosa a la luz de proyectos editoriales, ya que esto implica siempre colocarlos en una dimensión mayor de sentido que desemboca nada más y nada menos que en hazañas educativas y ciudadanizadoras de América.

En efecto, la apuesta de este intelectual argentino fue la de construir una columna vertebral para el autoconocimiento de Argentina y América Latina que pasara por darle una biblioteca. Una biblioteca para pensarse, un espejo que le devolviera su propio ejercicio de representación, pero también una biblioteca para descubrirse. El ensayista combina y recombina los textos que permiten el ejercicio de autorreconocimiento. Como editor, Weinberg “atacó” muchos flancos, entre los que reconozco ahora por lo menos dos: el de la recuperación de fuentes primarias (los viajeros, los observadores sociales, por ejemplo), y el de los estudios críticos que directa o indirectamente daban nuevo sentido, esto es, ponían en dimensión histórica, social, económica, dichas fuentes. Sacó así a la luz textos raros, olvidados, ignorados y de difícil circulación (los viajeros, los expedicionarios al desierto), pero también textos negados o marginados por la lectura académica (Arlt y el sainete, por ejemplo) que permitieron enriquecer, complejizar la idea de

4 Imposible es citar aquí la larga lista de estudios y ensayos publicados a lo largo de su vida. Sólo recordaré sus dos textos más tempranos, publicados en 1944: “Dilthey en castellano” en *Minerva*, revista continental de filosofía (Buenos Aires), año I, vol. II, noviembre-diciembre de 1944 y la selección y prólogo del libro *El pensamiento de Monteagudo*, dentro de la Biblioteca del pensamiento argentino, Editorial Lautaro. Y los dos textos más recientes de que tengamos registro hasta el momento: “En torno de la cultura y sus problemas”, conferencia publicada por la Universidad de Palermo en 2005 y “Algunas reflexiones críticas sobre la alarmante degradación del lenguaje utilizado y la ética predominante en los medios de comunicación social en relación con el sistema educativo”, en *Política educativa para nuestro tiempo*, publicado por la Academia Nacional de Educación y editorial Santillana también en 2005.

tradición y abrir a la posibilidad de fundar “una interpretación no tradicionalista de la tradición”, a la vez que colocó inauguralmente otros textos en apariencia exteriores a dicha tradición que, bien leídos y bien relacionados con esas “fuentes” anteriores al ejercicio crítico, permitieran también dar pie a la refundación crítica de la tradición: por una parte, historias comprensivas de la experiencia argentina, como la de José Luis Busaniche, que permitiera dotar al lector de un panorama de conjunto y evitar la lectura descontextualizada, carente de profundidad y fracturada; por otra parte, estudios novedosos, que arrojaban nueva luz, que interpretaban fenómenos de manera original y permitían encontrar nuevos mapas de sentido, nuevas relaciones, como es el caso de James Scobie, quien hace una lectura histórica del mapa de la ciudad de Buenos Aires y pone en movimiento la traza urbana, o, para el caso de América Latina, Josué de Castro. De allí que el término “dimensión” que adopta para sus colecciones no sea meramente accesorio, sino que tenga un sentido fuerte: poner en dimensión, colocar lo particular en un marco histórico o interpretativo que le dé sentido.

En ese entrañable ensayo que lleva por título “Para coleccionistas pobres”, Walter Benjamin se refiere a aquellos libros que atraen a esos grandes conocedores que no tienen, sin embargo, el poder adquisitivo de los coleccionistas adinerados. Los “coleccionistas pobres” son entonces aquellos que nutren sus búsquedas y sus hallazgos en esa órbita que escapa tanto al circuito minoritario de las rarezas bibliográficas o de los libros para especialistas como al circuito del gran público que persigue las ediciones populares y las novedades en surtidos eminentemente comerciales: existe así una tercera categoría, intermediaria, discreta, que se preocupa por los buenos libros que han quedado marginados del circuito mercantil, considerados por eso mismo viejos y en vías de desaparición. Es en este puesto donde imagino a mi padre, coleccionista de escasos recursos económicos que, más que preocupado por encontrar alguna joya bibliográfica cuyo valor pasara inadvertido para el librero, iba en busca de obras que salvar del olvido y reintegrar al circuito de lo legible, para contribuir a la memoria y a la comprensión de la tradición cultural argentina.

Antes aún de lograr organizar su propia colección, cuando un muy aguerrido y sensible Gregorio Weinberg hacía sus primeros trabajos de juventud como corrector, prologuista, traductor o editor de libros, comenzó poco a poco este

mismo ejercicio de búsqueda y lucha por la publicación de obras en varios sentidos: por una parte, se trataba de propiciar una edición digna y rigurosa de los clásicos europeos, latinoamericanos y argentinos, a la vez que de incorporar obras de autores contemporáneos que no circulaban en el medio intelectual de su época. Respecto de estos últimos, es necesario además subrayar que mi padre insistía en la necesidad de publicar a aquellos pensadores que ofrecían grandes categorías explicativas, comprensivas y comprehensivas, esto es, que encontraban “resortes” fundamentales para una comprensión de la vida social y cultural.

Gregorio Weinberg se mostró así sensible a un momento propicio en la industria editorial argentina que coincidió a su vez con un abaratamiento de la producción y un multiplicado efecto en la expansión del libro entre sectores cada vez más amplios de la población que sabían leer y escribir. (De algún modo, los proyectos de Reyes, Mariátegui o Henríquez Ureña podían por fin tener mayores visos de realidad en una etapa floreciente de la industria editorial). Advirtió también que se hallaban en camino hacia su “normalización” disciplinas novedosas como las ciencias sociales. Pero además encontró una manera no por discreta menos efectiva de enriquecer el pensamiento marxista de su época, al incorporar a la discusión lo mejor de las posturas críticas. Una peculiar forma de militancia en un momento en que los distintos sectores del radicalismo, el socialismo, el comunismo, el peronismo, se estaban reacomodando o preanunciando, y se acercaba una peligrosa etapa de ortodoxia estalinista y congelamiento de las posiciones de izquierda y derecha.

De este modo, Gregorio Weinberg hizo de la edición una forma de militancia política, una práctica educativa, un ejercicio de socialización del conocimiento demostrativo de una forma de hacer política cultural. Mostró que editar libros no es sólo organizar y corregir originales, sino darles un sentido; colocar los títulos en una colección es pensarlos en una dimensión más amplia, atendiendo a los distintos momentos de la “cadena productiva” del libro: desde sus orígenes, que son anteriores aún al propio autor (intuyó algo que más tarde encontraremos explícito en Foucault: es necesario romper con el “culto a los orígenes” que hace del autor individual el origen del sentido), puesto que existen trazas de época, situación social y personal, momentos históricos, coordenadas geográficas, sociales, culturales, que hacen que un autor “decida” escribir lo que escribe (como lo dirá

Bourdieu, la mayoría de nuestras elecciones son necesarias y tienen muy poco de libertad y de azar), hasta su recepción final, que no acaba con la interpretación por parte de los lectores individuales (operación también condicionada por el patrimonio simbólico ligado al grado de educación formal e informal, el entrenamiento para la lectura, la capacidad de contextualización, complejización y puesta en relación de los datos nuevos con el previo patrimonio social e individual de conocimientos), sino con la reflexión e incorporación al acervo cultural colectivo de las nuevas ideas. De allí el efecto multiplicador y formativo de la lectura. El editor se preocupa por el lector en cuanto le proporciona herramientas que propicien un mayor nivel de acceso a la ciudadanía del conocimiento: la escuela, la sociedad; el reconocimiento de la jerarquía cultural del libro y la lectura harán lo demás. Y como su amigo Antonio Candido, otro gran pensador de su misma estirpe, Gregorio Weinberg comprendió que un sistema literario no se compone sólo de las grandes obras y de los autores canónicos que hacen a los “momentos decisivos”, ya que éstos no se pueden explicar sin atender a esa compleja y densa trama cultural conformada por las obras relegadas y las redes discursivas que conforman una época y permiten dar sentido al conjunto y entender el salto cualitativo como un giro entre la tradición y la innovación.

Pero Gregorio Weinberg hizo aún más, al mostrar las potencialidades de la relación entre editar y escribir. Con Weinberg el ensayista se vuelve editor y el editor se vuelve ensayista. El libro se convierte así en lugar de confluencia entre ambos quehaceres a la vez que en forma de simbolización de la confluencia de dichas prácticas. No exageramos al pensar que el libro constituyó la síntesis de todo el proyecto de Weinberg así como, inversamente, su proyecto tiene como detonante inicial la existencia del libro, objeto cultural potente, que encierra en sí mismo su propia capacidad de apertura.

No es por ello casual que ese ensayo de reciente aparición, *El libro en la cultura latinoamericana*, que la propia muerte de Weinberg convierte en el último de su producción y de algún modo en declaratoria de su herencia intelectual, se constituya en ejemplo del círculo virtuoso de ensayar y editar, y en representación literaria de ese círculo virtuoso. Desde el título se nos anuncia un libro dedicado al libro, pero, más aún, el título anticipa la mirada del editor a la vez que la del escritor.

A lo largo del ensayo se observa la constante preocupación por dar sentido a los datos, y darles sentido es colocarlos en la dimensión histórica, geográfica y cultural, pero también económica, política y social. Sacar así los datos de una interpretación subjetiva y meramente impresionista: atenacear permanentemente los adjetivos y adverbios para que traduzcan la voz de un ensayista que es la voz de una mirada situada por encima del ensayista: “prodigioso”, “sorprendente”, “asombroso” son modalizadores que, a diferencia de otros estilos del decir, no se agotan en la expresión individual e intransferible sino que apuntan siempre a una emoción y una experiencia estética que quieren ser compartidas y pasadas por el cedazo de una lectura social, epocal, cultural que los convierta en signo de experiencias traducidas, esto es, si así se puede decir, en modalizadores colectivos.

Gregorio Weinberg se preocupaba siempre por dejar en claro que la propia opinión sólo tiene valor social si es sometida a la autocrítica que la convierte en representativa de una mirada compartida. A su vez, esta representatividad sólo puede lograrse si está avalada por formas de conocimiento y prácticas capaces de confirmar el derecho que ejerce el intelectual a esa representación. De allí entonces la radical eticidad que acompañó a Weinberg en todos los actos de su vida y que, lejos de obedecer a una mera moralina de superficie, correspondía a la no menos radical puesta en examen del derecho del intelectual a tomar la palabra.

Gregorio Weinberg murió en la madrugada del 18 de abril de 2006, y unas pocas horas antes llegaban a su casa los primeros ejemplares de su último ensayo. Una notable concurrencia de factores hizo que la última obra de mi padre estuviera dedicada al libro. Una extraña combinación de azar y necesidad hizo que mi padre se convirtiera en libro. Como el gran autor del “Poema de los dones”, obligado a conciliar los libros y la noche, mi padre no hubiera podido imaginar el paraíso sino bajo la especie de una biblioteca.